

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Los sufrimientos del Señor Jesús	181
Pensamiento	186
El primer lugar	187
El tiempo del Despertar	196
Meditación sobre el Cantar de los Cantares	207
Carta de J.N.D.	213
Carta de H.R. a M.G.	214
Índice año 2000	215

Año V. Nº 6

Noviembre - Diciembre 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. Gr./Esp.	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(M. E.) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR JESÚS

(Extracto de meditaciones de M. Tapernoux)

(Viene de la página 164)

«*Tu porción, Jesús, fue el sufrimiento, las lágrimas, la muerte, el abandono*»

¿Podremos alcanzar a comprender en algún momento, incluso cuando lleguemos a la gloria, lo que se desarrolló entre un Dios inmutable, con todos los atributos de su gloria, y su Amado, ofrecido voluntariamente como el supremo sacrificio para la expiación de nuestros pecados? Para nuestro corazón, éste es un inagotable tema de adoración y, al mismo tiempo, un misterio que nunca llegaremos a sondear.

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Hacia la hora novena (que para nosotros corresponde a las 15 horas), nuestro Señor profirió este grito desgarrador. En todos los sufrimientos que soportó y que hemos considerado hasta ahora, Él había guardado silencio. Con los labios cerrados, había sido llevado como cordero al matadero, y como oveja muda delante de sus trasquiladores; sin embargo, ¿cuántas injurias y dolores había recibido! No dijo nada, no hizo ningún gesto para protegerse. Jesús recibió los golpes y las bofetadas sin decir una sola palabra; pero ahora, al final de las tres horas de tinieblas, en el momento en que su sufrimiento llega al supremo grado de intensidad, ya no puede retener su clamor. Es notable comprobar que el Espíritu nos lo dé en los mismos términos de los que el Señor se sirvió en lengua aramea, como si quisiera que nosotros lo escuchásemos también: “¿Elí, Elí!” “¿Dios fuerte, mi Dios fuerte, mi Dios santo!”

¿Podríamos hallar algún texto que nos diga que Jesús, en el cur-

so de su carrera, haya hablado a Dios en estos términos? ¡Nunca! En Mateo 11, cuando comprobó que las ciudades en que había realizado la mayor parte de sus milagros rechazaron su ministerio y no se arrepintieron, ¿qué dijo después de haber pronunciado los ayes sobre Corazín, sobre Betsaida y sobre Capernaum?: “Te alabo, **Padre**, Señor del cielo y de la tierra”, y agregó: “Sí, **Padre**, porque así te agradó.” En la oración que eleva por los suyos, se dirige al **Padre**: “Padre santo”, y un poco más adelante: “Padre justo” (Juan 17:11, 25). En Getsemaní, dijo: “Padre”, y aun: “Abba, Padre.” A pesar de la trágica hora que atravesaba, gozaba plenamente de la comunión con su Dios, su Padre. Pero en el clamor, en el grito que estamos considerando, ¿no había ninguna comunión; nada del amor del Padre para con Él! “Elí, Elí (Mi Dios Fuerte)..., ¿por qué me has desamparado?”

Nosotros podemos dar la respuesta a este “por qué”; de hecho, nosotros mismos somos la respuesta, pues la Escritura dice que Él fue herido por **nuestras** rebeliones, que fue molido por **nuestros** pecados, que el castigo que **nos** da la paz fue sobre Él, y que por su llaga fuimos **nosotros** curados (Isaías 53:5), de manera que bien podemos decir que nosotros somos la respuesta a este “por qué”. Más exactamente, nosotros somos **una** respuesta, pues existen otras, y que son quizá de un nivel más elevado, aún más gloriosas que ésta. Ante todo está la gloria de Dios. Para que Dios fuese glorificado, era necesario que **todos sus derechos** fuesen restablecidos frente al hombre, y sólo podían serlo mediante la absoluta sumisión de Cristo, que siguió su camino hasta sufrir el abandono de Dios.

Pero aún hallamos una tercera respuesta —la más eminente— a este gran “por qué” expresado en la cruz: la glorificación de Cristo. Nuestro corazón se regocija al saber que Dios no esperó para glorificarlo: lo hizo desde su ascensión a la casa del Padre y dio testimonio de ello enviando al Espíritu Santo a la tierra, tal como Pedro lo declara a los judíos: “Así que, exaltado por la diestra de

Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hechos 2:33). He aquí una preciosa respuesta a ese “por qué”: la glorificación de nuestro amado Señor y Salvador.

“¿Por qué (**tú**) me **has** desamparado?” También podemos detenernos a considerar la breve expresión “**tú... has**”. Para Jesús, el sufrimiento de los sufrimientos fue verse desamparado por **su** Dios; fue sufrir los golpes de la justicia de Aquel a quien no había dejado de glorificar: «**Tú**, a quien yo he glorificado; **tú**, que a lo largo de toda mi carrera **has** sido para mí el Padre con quien mantuve una comunión tan dulce y permanente, ¿por qué **tú**? ¿Por qué (**tú**) me **has** desamparado?» Y si leemos el Salmo 88, del cual muchos versículos describen las penas y los dolores que Cristo soportó plenamente, nos sorprenderemos al hallar varias veces las expresiones “(tú) **has**”, “tu” o “ti”, y comprobar que se repiten como el *leitmotiv* o estribillo de este Salmo. Esto nos ayuda a comprender que lo esencial del sufrimiento del Señor en ese abandono, fue el hecho de que era **su** Dios quien se lo hacía experimentar; la ira que se derramaba sobre Él procedía de **su** Dios. “¿Por qué me has **desamparado**?” En ese momento, el Señor se encontraba realmente abandonado, completamente solo, y cargando el peso de nuestro castigo eterno.

Agreguemos aún algunos pensamientos respecto al final de las horas en la cruz. En Juan 19:28-30, leemos: “Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.” Es cierto que el Señor tuvo una intensa sed física, pero ¿no sintió también sed espiritual? Puesto que todas las cosas ya estaban cumplidas, Él, el Extranjero celestial, tenía una ardiente sed de abandonar este mundo, de volver

con su Padre, de entrar en su morada, de gustar de las delicias a la diestra de Dios, lejos de esta escena de miseria, de odio, de pecado y de muerte en la cual había vivido treinta y tres años, y donde había experimentado todos estos sufrimientos. Tan pronto como hubo tomado el vinagre, dijo: “Consumado es.” Es de señalar que, para esta expresión, el texto griego utiliza una forma verbal que caracteriza un acto cumplido una vez y que se perpetúa: “Consumado es y permanece cumplido.” Esto subraya el hecho de que la obra en la cruz fue cumplida perfectamente en su desarrollo, pero también destaca que su valor es eterno; y el propio Señor Jesús es quien lo proclama. Él es el que nos dice esto, ¡y qué seguridad nos proporciona! Si los falsos maestros quieren torcer las Escrituras respecto al pleno y eterno valor de la obra de la cruz, rechacémoslos, escuchando la propia voz del Señor, que nos dice: “Consumado es.” Nuestro Salvador lo dijo personalmente; por lo tanto es una obra perfecta a la cual no se le puede agregar nada, ni es necesario renovarla. “Consumado es”: un grito de triunfo junto con el clamor desgarrador del dolor supremo. Las horas de la cruz no agotaron al Señor, como algunos lo han pretendido; Él poseía aún toda su fuerza para exclamar a **gran voz**: “Consumado es.”

La voluntad de Dios estaba cumplida, la obra que el Padre le había confiado estaba acabada, la salvación de los pecadores quedó asegurada, la gloria de Dios fue reivindicada: todo estaba cumplido. Todo lo que el Padre quería llevar a cabo mediante esta obra quedó definitiva y eternamente acabada y, mucho más aún que al día siguiente de haber terminado la creación, Dios pudo considerar todo lo que su Amado hizo, “y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Y, para nosotros, permanecen la paz y el gozo que este grito de victoria de nuestro Salvador brinda a nuestro corazón.

Queridos hermanos, en el curso de estas meditaciones hemos podido considerar lo que el Señor sufrió, conscientes de haberlo hecho muy incompletamente, pues es un tema infinito, que jamás

podremos agotar y en el cual siempre descubriremos nuevas maravillas. Pero en lo que hemos podido contemplar juntos, nuestros corazones fueron conmovidos —así lo espero— ante semejantes sufrimientos, soportados con tal sumisión. ¿Qué enseñanzas podemos extraer de lo que el Espíritu ha presentado ante nuestros ojos? Al menos tres, en las cuales es necesario detenernos:

Primeramente, el hecho de que todos estos sufrimientos expresan, de manera sublime, la inmensidad de su amor por nosotros. El apóstol podía decir: “El amor de Cristo nos constriñe” (2.^a Corintios 5:14). ¿Dejamos nosotros que el amor de Cristo nos constriña? Si verdaderamente lo hacemos, experimentaremos lo que sigue del pasaje: “Para que los que viven —los que viven de la vida de Cristo— ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Creo que ésta es una de las mayores conclusiones que podemos sacar de estas meditaciones. ¡Que amando más al Señor, como si hubiésemos tocado con los dedos la excelencia de su amor, sintamos en el corazón el deseo de responder a tal amor consagrándonos más a Él, anhelando servirle con mayor fidelidad! Esto incluye a todos: el apóstol no habla de aquellos que lo **sirven**, sino de “**los que viven**”, de manera que también abarca todos los aspectos de nuestra vida, toda nuestra actividad; una continua búsqueda de lo que glorifica al Señor.

Segunda conclusión: sabemos que el Señor Jesús sufrió por nuestros pecados durante las tres horas de tinieblas. Y halló todas las demás formas de sufrimiento en el camino que conducía a esas horas de la cruz. Después de meditar esto, ¿consideraremos ligeramente el pecado? Sabiendo el precio que Cristo pagó para librar-nos del poder de Satanás y del juicio que merecíamos, ¿no sentiremos el anhelo de seguir un camino de santidad, andando de manera que lo glorifique? El apóstol expresa este deseo en la epístola a los Colosenses: “Que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es **digno** del Señor, agradándole en todo” (1:9). Ésta parece ser la

segunda conclusión que se puede extraer de lo que el Espíritu nos ha presentado.

Consideremos la tercera enseñanza: hemos hablado del “trabajo de su alma”, según la expresión de Isaías 53, y ella está ligada al fruto que el Señor recogerá: “Verá el fruto de la aflicción (o trabajo) de su alma, y quedará satisfecho.” La palabra “trabajo” implica fatiga y sufrimiento. El hecho de saber que el Señor se regocija en gran manera con el pensamiento de reunir pronto junto a sí a su esposa, por quien “se entregó” y a quien “sustenta y cuida”, como lo dice el apóstol en Efesios 5, ¿no nos infunde también el anhelo de esperarlo con mayor realidad? ¡Que su venida no sea considerada por nosotros como una verdad abstracta, sino como una verdadera necesidad de nuestro corazón! ¡Unamos nuestras voces a la del Espíritu quien, con la Esposa, repite: “Ven, Señor Jesús”!

«Afirmar es afirmar», decía un hermano. Si afirmamos el deseo de ver a nuestro Señor Jesús, este deseo será afirmado en nosotros. Que el Espíritu obre en cada uno de nosotros, afirmando el deseo de ver pronto, faz a faz, a Aquel que nos amó tanto y que sufrió de tal manera por nosotros, a fin de que contemplemos —lo cual haremos durante la eternidad— las marcas que dejaron sobre su glorioso cuerpo los sufrimientos en la cruz, prueba sublime y sin igual de su amor por nosotros.

Amados, Él es el que, al final del santo Libro, da testimonio de estas cosas y declara: “Yo vengo pronto.” Junto con todos sus amados, unánimes, a una voz, respondámosle: ¡“Amén; sí, ven, Señor Jesús”!

(M. E. 1990)

PENSAMIENTO

Dios es justo al perdonarnos, justo para con Cristo quien pagó por nosotros.

J.N.D. (M. E. 1926)

EL PRIMER LUGAR

El título que encabeza estas líneas podría conducirnos en varias direcciones, pero solamente queremos tomar el camino que nos lleva a considerar al Señor Jesús y el lugar que él ocupa en los designios de Dios, en la Iglesia de Dios, en las familias de creyentes, en nuestro corazón y en nuestra vida.

1. Si contemplamos los designios de Dios, discerniremos con facilidad que el Señor Jesús es el centro de ellos, **el gran pensamiento de Dios**. Tal posición y valor divinos establecen que Él es digno de tener el primer lugar en todo lo que concierne a la gloria de Dios.

En el Antiguo Testamento, innumerables tipos hablan del Señor Jesús, bajo los más diversos aspectos; de manera que nos será muy provechoso examinarlos atentamente. Al considerarlos se hará evidente la infinita perfección del antitipo, lo cual nos maravillará y, lo que es aún más deseable, contribuirá para apegarnos más a su adorable persona. ¿No eran necesarios todos esos tipos para hacer brillar los múltiples rayos de su gloria?

El Espíritu Santo, con santo celo, siempre destaca la superioridad y la primacía de Cristo, y esto no tanto por similitudes sino más bien por medio de contrastes. ¿No es algo incomparable? Este hecho es particularmente visible en la epístola a los Hebreos. En efecto, en los capítulos 1 y 2 se lo ve al Señor como superior a los ángeles; en el capítulo 3 como de mayor gloria que Moisés. En los capítulos siguientes se lo ve como más eminente que Josué, dando el reposo **de Dios**; luego como más excelente que Aarón, siendo sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, con “el poder de una vida indestructible”. El antiguo pacto desaparece frente al pacto que permanece y del cual Él es el mediador para siempre. El santuario según la ley se desvanece frente al verdadero, al perfecto tabernáculo donde Cristo mismo sirve. Frente a los sacrificios

ofrecidos bajo la ley, los cuales no han borrado un solo pecado, Él se ofreció a sí mismo y “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

De esta manera, la gran ordenanza de Dios fue puesta en el lugar que le pertenecía. Al mencionar a Cristo todas las cosas desaparecen unas tras otras. Los ángeles, Moisés, Josué, Aarón, el antiguo pacto, el primer tabernáculo, los sacrificios instituidos por la ley, deben retirarse de la escena para que Cristo y sólo Cristo los reemplace, y para que, introducida esta mención por el Espíritu Santo, permanezca para siempre ante nosotros, según lo que leemos al final de la epístola: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” A continuación reproducimos la conclusión de una antigua meditación acerca de este precioso tema:

«¡Qué armonías encierra todo esto!, armonías de los cielos y de la tierra, armonías de todas las edades y de todas las dispensaciones, armonías de la gloria magnífica y de los pobres vasos de barro! Y las armonías que cantan el cántico y forman su melodía tienen por objeto un tema de la más sublime concepción y del significado más precioso y arrobador: la gloria y el mérito del Señor Jesús, el Cristo de Dios, que no tiene parangón en todas las edades de la eternidad.»¹⁾

¿No sentimos en nuestro corazón un profundo agradecimiento a nuestro Dios, a quien, en su gracia, le agrada revelarnos de manera siempre creciente la gloria de Aquel que es más hermoso que los hijos de los hombres, y nos invita a fijar nuestros ojos en Él?

2. Anotemos algunas observaciones acerca del lugar que la Palabra concede al Señor en la Iglesia: en primer lugar él es el «Edi-

1) Extracto de un artículo reproducido en 1939 en el «*Messenger Évangélique*» p. 338-340, publicado en el «*Echo du témoignage*»

ficador», tal como se lo expresó a Pedro: “Edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18). Él es el Centro de ella (Mateo 18:20), el Jefe o Cabeza (Colosenses 1:18). La expresión “Cabeza” indica autoridad: el Señor tiene derechos sobre nosotros y, al mismo tiempo, nos habla de unión (Efesios 4:15, 16): todos los redimidos están indisolublemente unidos a la Cabeza y componen juntos el cuerpo místico de Cristo. En cuanto a **la unidad de este cuerpo, no es necesario hacerla, pues existe por la virtud de Dios**. La expresión **visible** de este cuerpo es el **único** pan puesto en la mesa del Señor. En cuanto a la comunión mutua de los miembros del cuerpo, sólo es efectiva entre los miembros que expresan esta unidad **reuniéndose en el terreno de esta unidad**, es decir, según Mateo 18:20. De manera que, en lo que respecta a estos últimos, ¡cuán solemne es el hecho de que ellos den, **verdaderamente, el primer lugar al Señor!** La presencia del Señor en medio de la Iglesia confiere a ésta el derecho —y, sobre todo, el deber— de obrar en Su nombre, comprometiendo así su gloria. Por eso una decisión de asamblea, tomada **en el nombre del Señor**, debe ser respetada, reconocida y aceptada.

El Señor prometió su presencia en medio de los dos o tres reunidos en su nombre; de manera que cuando se cumple esta condición —reunidos **en su nombre**— Él está allí, según su fidelidad.

«Experimentar su presencia, como deberíamos, nos conducirá a no dejar de congregarnos, como algunos tienen por costumbre (Hebreos 10:25) y a asistir a las reuniones en un estado moral que nos permita gozar de Él por encima de todas las cosas. Puesto que se nos aseguran precisas bendiciones en el lugar donde el Señor se encuentra, ¿cómo podríamos concebir que un redimido de Cristo falte a alguna reunión (salvo por causas de fuerza mayor) y se prive a sí mismo de aquello que el Señor quiere otorgarle? Es cierto que a veces es necesario hacer un esfuerzo, que puede implicar cierto sacrifi-

cio para asistir a una reunión, pero por grandes que sean esos esfuerzos o sacrificios, nunca podrán ser comparados con todo lo que nos da la presencia del Señor, gustada en la reunión. Si gozáramos más de esta presencia y del gozo y la paz que ella nos otorga, no se contaría ni un solo ausente en la reunión, excepto aquellos que se encuentran impedidos por circunstancias imperiosas.»

(M. E. 1947, p. 202).

De modo que, estando presente el Señor en medio de los suyos, él debe tener siempre el primer lugar. ¡Cuán importante es que lo experimentemos en nuestros diversas reuniones, ya sea para rendir culto, para la oración en común o para la edificación! ¡Qué privilegio nos da el Señor al reunirnos alrededor de él!

Es de desear que, el primer día de la semana, cuando nos encontramos allí como adoradores, vayamos con un elevado nivel, ocupándonos **solamente de Él**. ¡Que el tema de nuestra alabanza supere todo lo que nos concierne y podamos contemplar lo que es **la parte de Dios** en la Persona de su amado y en la obra que él cumplió perfectamente para su gloria!

Recordemos ahora algunas líneas de una preciosa meditación de J.N.D.:

«Jehová apareció a Abraham cuando éste llegó a la tierra prometida, y Abraham edificó un altar. He aquí el principio del culto. Primeramente, Dios se había manifestado a Abraham cuando lo llamó para que saliese de su tierra, pero él no había dejado la casa de su padre, no había terminado de romper con todo. En la tierra de Canaán, Dios se le reveló de una nueva manera y esto motivó el culto. Lo que me sorprende actualmente es advertir que nuestro culto no esté basado en esta segunda aparición, sino simplemente en el hecho de que somos salvos, perdonados...

La fiesta de los tabernáculos es la realización del cielo. Cuando estamos alrededor de la Mesa del Señor no se tiene en cuenta, no se trata de nuestra propia humillación. A la cena se la llama la eucaristía, es decir, "acciones de gracias", y es un memorial; nos regocijamos allí pensando en Él, en su muerte, no en nosotros.

A menudo nuestras acciones de gracias no se relacionan con Canaán, sino con Egipto, pues no nos llegamos con nuestros canastillos llenos. No se puede decir que haya habido culto en Egipto, donde se celebró la pascua apresuradamente. Lo que nos sorprende es oír a menudo acciones de gracias perfectamente justas, pero que sólo se refieren a lo que Dios hizo por nosotros.

Para nosotros, la fiesta de los tabernáculos representa las cosas celestiales, es el puro gozo. En Pentecostés se asistía con alegría llevando aquello con que uno había sido bendecido. En la fiesta de los tabernáculos se trata del mismo gozo, pero mucho más completo.

En el culto nos agrada oír la expresión de una alma habituada a hallarse en el cielo y que espera al Señor.»

(M. E. 1932, p. 256).

Prestemos atención aún, muy seriamente, a las siguientes líneas escritas por respetados hermanos que nos han antecedido:

«...Dios se ha revelado en Cristo como **Padre**, y el que cree no solamente **es salvo**, sino que **es un hijo de Dios** y tiene privilegios que el mundo no conoce (Juan 1:12), tiene gozo, seguridad, esperanzas que el Espíritu Santo despliega ante él y que ponen a su alma en un estado dichoso, por el cual es capaz de ser un adorador en espíritu y en verdad»

(M. E. 1869, p. 75).

«...Para que el culto sea real y no una vana formalidad o un esfuerzo del espíritu, es necesario que el adorador

conozca dos cosas: el objeto del culto (Dios **el Padre**) y el poder por el cual únicamente puede ser rendido el culto. Ahora bien, el objeto es Dios y el poder es el Espíritu Santo. Y entiendo que aquí no se trata de la persona del Espíritu Santo habitando en la Iglesia y en el creyente, sino su poder obrando en nosotros para producir la adoración.

¡Oh, si la presencia del adorable Salvador en medio de nosotros fuese más real para nuestro corazón, estoy seguro de que habría tal efusión de alabanzas y de adoración que nos haría sentir como en el cielo estando en la tierra! No podríamos hacer otra cosa que adorar; nos parecería que si callásemos, aun las piedras clamarían. Contemplemos por un momento esta maravillosa escena que, en un sentido, no tendrá parangón, incluso en el cielo. Almas recatadas ¡y a qué precio!, reunidas alrededor de Aquel que pagó el rescate de ellas; congregadas junto a Él, en la misma escena donde dio su vida por ellas, oyéndole decir, como algo totalmente nuevo, estas palabras de amor: “Haced esto en memoria de mí”.»

(*M. E.* 1877, p. 174).

Unamos nuestros corazones y repitamos juntos: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos.”

3. Después de haber considerado algunas gloriosas realidades concernientes al preponderante lugar que el Señor tiene en los designios de Dios, y el lugar que las Escrituras le dan en la Iglesia, anotemos, a la luz de la Palabra, algunas observaciones simples y prácticas en cuanto al lugar que, normalmente, el Señor debe tener en cada familia de creyentes, para bendición de ellas y para la gloria de Dios.

Al meditar sobre la primera institución de Dios en relación con el hombre en la tierra —el matrimonio—, la familia cristiana aparece bajo su aspecto más solemne, más grande, más sagrado. Sin olvidar su sentido típico, esto nos hace comprender también por qué Dios le concede tanta importancia, por qué se menciona tan a menudo en la Palabra, y la razón por la cual Dios nos da tantas directivas al respecto. Si buscamos atentamente las intenciones de Dios en relación con la familia cristiana, ciertamente nos sorprenderemos al ver en qué medida Dios lo proveyó todo para la felicidad de su criatura. Según el deseo de Dios, la familia es una «celda» de armonía y paz. Tal armonía y tal paz dependen del respeto que se tenga a lo que Dios instituyó; guardando cada uno su lugar y ejerciendo las funciones que le son asignadas. Aquí, como en todo lo demás, podemos comprobar las desgraciadas consecuencias causadas por la inobservancia de las ordenanzas de Dios. Pero, ¡qué bendición reposa en el hogar donde el Señor es el huésped permanente, donde se le da el primer lugar! Es hermoso ver a una familia cuando marcha en dependencia del Señor y busca Su voluntad antes de tomar cualquier decisión. ¡Cuántos pasos en falso y cuántas decepciones son evitadas de esa manera! En una familia que marcha según la voluntad de Dios, los días transcurren bajo su mirada y gozando de su amor.

A la madre de familia le corresponde ocuparse de los pequeños, y en esta tarea desarrolla un papel de la mayor importancia, pues es un hecho bien conocido que lo que un niño oye, ve y hace en su infancia, se imprime en su personalidad y nunca más se borra. De modo que es determinante que esas primeras impresiones sean dichas, según Dios. Ése es el momento oportuno para que los niños sean provistos de buenas bases (Deuteronomio 6:6-9), para inculcarles buenos hábitos, para hablarles del Señor y leerles la Biblia. No pensemos que la Palabra se encuentra fuera de su alcance; no, ella es viva y eficaz, y llevará fruto **a su tiempo**. No reemplacemos la Palabra con una imitación que, se dice, puede es-

tar más a su alcance; pues no logrará otra cosa que incrustar en ellos una deformación de las Escrituras. Esos momentos de lectura y de oración de una madre con sus hijos, a la mañana, antes de que ellos se encuentren mezclados con sus compañeros escolares, les dejará un recuerdo inolvidable. Y el padre, consciente de sus responsabilidades, hará lo mismo, por ejemplo a la noche. La lectura de la Palabra, la oración y las conversaciones espirituales **en familia** tienen un valor inestimable y **no se pueden reemplazar con nada**. Los corazones que se desarrollan así, en una atmósfera familiar piadosa, experimentan una alegría que irradiará el bien en todas partes y especialmente en la asamblea. Esto hace evidente que la piedad de las familias que constituyen una asamblea se refleja ampliamente en el nivel espiritual de ella. Si este nivel espiritual fuese más elevado, escucharíamos menos a menudo penosas reclamaciones tales como: «...Yo no hallo nada... no **recibo** nada en la asamblea...» Cuando convendría más bien preguntarse: «¿Aporto yo algo a la asamblea?» Poniendo el dedo en la llaga, nos preguntamos si la humillación no terminaría con esta clase de quejas. Aún otra observación concerniente a la actitud de los padres frente a sus hijos, en relación con la Iglesia de Dios. Es necesario que los padres hagan todo lo que puedan para que sus hijos se apeguen a la asamblea, y que cultiven en ellos un profundo respeto hacia los hermanos y hermanas. Es preciso que presenten a la Iglesia ante sus hijos desde el punto de vista de Dios, lo que ella es para Él y según Él, evitando censurar en presencia de ellos las debilidades o los defectos y, sobre todo, ¡no permitirles que lo hagan ellos mismos! Esto último no les corresponde por su edad.

4. Hagamos aún una o dos observaciones respecto a las vacaciones y a la manera en que son empleadas. En sí mismas, son un beneficio del que gozamos y podemos estar agradecidos a Dios. Pero el objetivo inicial, que era dar reposo a los trabajadores, fue rápidamente perdido de vista. Desgraciadamente, con las facilida-

des materiales que se dan en la actualidad, las vacaciones pueden convertirse en una verdadera trampa, ¡empleándose muy a menudo para satisfacer los deseos del corazón natural! Para el creyente es absolutamente necesario tener cuidado a fin de no seguir tal camino. A la par del reposo físico que uno se procura en ese tiempo de descanso, las vacaciones pueden ser muy útiles, **si se organizan bajo la mirada del Señor**, dándole **en esto también** el primer lugar. Ese tiempo de tranquilidad será favorable para la lectura y la meditación de la Palabra. Será también el momento en que uno podrá beneficiarse con los escritos que nos ayudan a conocer mejor los pensamientos de Dios. ¡Qué momentos benditos los que se pasan con la familia o con los hermanos y hermanas en la fe, gozando juntos de nuestra común esperanza y de todo lo que ya en el presente es un tema de gozo en el Señor! Evidentemente, para que esto sea una realidad, al elegir un lugar donde pasar las vacaciones es necesario evitar que se encuentre lejos de una asamblea. Que el Señor nos ejercite seriamente respecto a estas cosas.

Dar al Señor el primer lugar abarca también todo lo que nos relaciona con la asamblea y lo que hacemos en cuanto a ella, pues no se puede separar la Cabeza del cuerpo. De modo que el creyente hará todo lo que pueda para residir lo más cerca posible del lugar habitual de reunión. Pensemos en las doce tribus de Israel que estaban congregadas **alrededor** del tabernáculo, cerca de Jehová.

Consideremos la actitud de David: “Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos” (Salmo 122:1). Y también: “Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza” (Salmo 137:5).

Meditemos también acerca de lo que se nos dice en Juan 20:19-23. ¡Qué memorable reunión, estando el Señor en medio de los suyos de manera visible y pronunciando estas maravillosas palabras: “Paz a vosotros...”, y luego: “Recibid el Espíritu Santo”! ¡Qué reunión! ¡Qué reunión gozamos también nosotros estando Él en medio de la asamblea!

Meditemos atentamente los versículos siguientes: “Pero Tomás... no estaba con ellos cuando Jesús vino...” ¡Qué **irreparable** pérdida y qué humillación experimentó, una semana más tarde, a pesar de la dulzura con que el Señor lo reprendió!

¡Que el Señor toque seriamente nuestros corazones y nos muestre el lugar que le damos! Él desea nuestro bien, nuestro gozo, un gozo cumplido. Es de desear que nosotros también procuremos glorificarlo verdaderamente en todo. “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21).

G.C.G (M. E. 1973)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 180)

Algunos documentos relacionados con los principios de los «hermanos»

UNA CARTA DE J.G. BELLETT SOBRE EL COMIENZO DE LA HISTORIA DE LOS HERMANOS

Querido James:

Cuando recuerdo los primeros hechos relacionados con la historia de aquellos a quienes se les llama «los hermanos» —a los que así llamaré para identificarlos— estoy compenetrado del sentimiento de que hubo entonces, en esa época, un trabajo del Espíritu de Dios para instruir a los creyentes, que fue completamente independiente y original. Aunque más tarde hayan podido ayudarse mutuamente y crecer juntos en la comprensión y el disfrute de más

de una verdad común, las primeras nociones de esas verdades vieron la luz en los espíritus de varios sin que conferenciaran entre ellos ni se sugirieran esos pensamientos el uno al otro. Esto mismo los preparó para caminar juntos una vez que conversaron al respecto.

Creo que el principio de nuestra historia, tanto en Inglaterra como en Irlanda, pone claramente en evidencia lo que acabo de decir. Mis recuerdos podrían carecer de precisión y, naturalmente, podría equivocarme, ya que no estuve personalmente unido al movimiento en su principio, pero deseo seguir nuestra historia con toda la fidelidad que mi memoria me lo permita, pidiéndole al Señor que me dirija con toda sencillez y verdad.

En el curso del año 1827 el arzobispo de Dublín, en una carta pastoral al clero de su diócesis, preconizó el envío de una petición al parlamento para que fuese reforzada la protección debida al clero de la Iglesia oficial encargado de enseñar la religión en ese país¹⁾. John Darby era entonces vicario en el condado de Wicklow y yo lo visitaba a menudo en su parroquia de la montaña. La carta pastoral de su superior lo turbó grandemente, pues no podía conciliar con el cristianismo un principio que implicaba que los siervos del Señor —cuya tarea consistía en rendir testimonio contra el mundo a favor de un Cristo rechazado— al encontrar la resistencia del enemigo tuviesen que dar media vuelta ¡y buscar la protección de ese mismo mundo! Ello le afectó mucho. Expuso sus objeciones a semejante principio en un voluminoso tratado impreso y, sin publicarlo ni ponerlo en venta, mandó ejemplares a todo el clero de la diócesis. Todo esto tuvo una influencia decisiva sobre su espíritu, pues me acuerdo de él, en esa época, como de un hombre

1) Se trataba de proteger los privilegios de la Iglesia anglicana (o Iglesia establecida, *Establishment*) frente a los católicos de Irlanda, a quienes en esa época el gobierno inglés, por política, parecía dispuesto a favorecer; había sido preparado un proyecto con el fin de dar existencia oficial a la religión católica (N. del E.).

de Iglesia particularmente escrupuloso, pero era evidente que había recibido entonces un impacto y que para él las cosas nunca más serían como antes. Sin embargo, en su parroquia de la montaña, proseguía su ministerio visitando las diferentes localidades de la región para predicar o tomar la palabra en círculos religiosos.

A principios de 1828, al ir a Londres, tuve ocasión de encontrar en privado y de oír en público a aquellos que, habiéndose visto recientemente esclarecidos en cuanto a las verdades proféticas, las exponían con vivo ardor. En mis cartas a J.N. Darby le conté lo que había oído acerca de cosas de las que nunca habíamos hablado; luego, vuelto a Dublín, le manifesté claramente de qué se trataba. Lleno de ese tema como yo lo estaba entonces, encontré a Darby igualmente preparado para meditar estas cosas, de modo que su espíritu y su corazón progresaron rápidamente en la dirección propuesta.

En cuanto a lo que a mí concierne, yo vivía siempre en Dublín, mientras que él permanecía casi siempre en el condado de Wicklow; sin embargo, me había presentado a Francis H. Hutchinson, cuya memoria me es particularmente cara y venerada. Descubrimos que él y yo teníamos muchas cosas en común con el querido Francis. Insatisfecho como yo lo estaba, visitamos juntos, ocasionalmente, las iglesias disidentes, pero sin sentir mucha simpatía por el ambiente que allí reinaba; los sermones que oíamos eran, generalmente, más desprovistos de sencillez en cuanto a Cristo que aquellos que eran predicados en los púlpitos de la Iglesia establecida, y veíamos que las cosas de Dios eran más bien consideradas con la inteligencia humana que adaptadas a las necesidades propias de un espíritu renovado. Creo que puedo decir esto tanto por él como por mí, de modo que permanecíamos vinculados todavía a la Iglesia establecida, aunque nuestro vínculo con ella fuese muy flojo.

Poco tiempo antes el señor A. Groves, dentista del condado de Devonshire, distinguido en su profesión, había ofrecido sus servi-

cios a la Sociedad misionera de la Iglesia y, para prepararse, se había hecho inscribir en la Universidad de Dublín, en el Colegio al cual pertenecíamos. Algún tiempo después tuve oportunidad de conocerlo, pues mantenía ocasional contacto con nosotros cuando venía a rendir sus exámenes trimestrales. De una manera totalmente independiente de los ejercicios que otros habían tenido, él llegó a comprender que una formación en un Colegio para cumplir la obra misionera no era el camino indicado por el Señor y que perdía su tiempo en Dublín preparando sus exámenes. Volvió a reexaminar todos sus asuntos y no sólo abandonó el Colegio sino que reconsideró también, como jamás lo había hecho hasta ese momento, toda la cuestión de la Iglesia establecida y también las pretensiones de los cuerpos disidentes. A fines de 1828 volvió a Dublín, aunque ya había roto con el Colegio. Predicó en Poolbey Street a pedido del querido Dr. Egan, ligado al pequeño grupo que se encontraba allí y del cual formaba parte R. Pope, muy conocido en Irlanda en esa época. Un día, mientras caminábamos juntos por la calle de Lower Pembroke, me dijo: «El pensamiento del Señor respecto a nosotros es, sin duda, éste: deberíamos reunirnos con toda sencillez, como discípulos, sin depender de ningún clero o ministerio establecido, cualquiera que sea, pero puesta nuestra confianza en el Señor para edificarnos todos juntos por medio del ministerio que a Él le plazca suscitar entre nosotros.»

En el mismo momento en que él pronunciaba esas palabras, tuve la convicción de que mi alma tenía allí la verdad. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer, y le podría mostrar a usted el lugar exacto. Fue, si lo puedo expresar así, el día en que mi espíritu nació como «hermano».

Edward Cronin había sido un Independiente y miembro de la congregación de York Street, pero en la misma época se hallaba bajo una influencia semejante a aquella que, lo puedo decir, era la que sentíamos todos nosotros. Tomamos la cena del Señor en una habitación privada con (me parece) otras tres personas, cuando yo

estaba unido, todavía, a la Sandford Chapel y J.N. Darby era todavía vicario en el condado de Wicklow.

En el transcurso del verano de 1829 nuestra familia pasó una temporada en Kingstown y F. Hutchinson en Bray; nos vimos algunas veces para hablar de las cosas del Señor, pero no sé dónde se congregaba el domingo en ese momento. En cuanto a mí, yo seguía los servicios de la Iglesia escocesa de Kingstown, donde se recibía a todos los que eran considerados como nacidos de nuevo. Pero, al volver a Dublín, en noviembre de ese año, F. Hutchinson estaba completamente dispuesto a realizar la comunión en el nombre del Señor con todos aquellos, quienesquiera que fuesen, que Lo amaran con sinceridad; y, para ello, propuso un salón de su casa en Fitzwilliam Square. Nos reunimos, pues, pero sin la intención de impedir que quienquiera que fuese siguiera los servicios de las iglesias parroquiales o de capillas disidentes si así lo deseaba. F. Hutchinson prescribió también un cierto número de cosas, como las reuniones de oración, de canto y de enseñanza que debían tener lugar cada día entre nosotros. E. Cronin estaba enteramente dispuesto a ello; por mi parte, me uní a ellos, pero en ninguna manera, me parece, con la misma libertad y la misma decisión de espíritu. Muchos otros, también, se hallaron dispuestos a ello, y fue en ese momento cuando conocimos a W. Stokes. Continuamos así a partir de noviembre de 1829.

Poco antes me había relacionado con J. Parnell, ahora lord Congleton, quien, durante ese mes de noviembre y en la primavera del año siguiente, se hallaba de vez en cuando en Dublín y muy a menudo entre nosotros. Se relacionó íntimamente con E. Cronin y, en el mes de mayo, a fin de dar a la Mesa del Señor entre nosotros un mayor carácter de testimonio, arrendó en Aungier Street una gran sala que pertenecía a un ebanista. La reunión fue transferida allí ese mismo mes. Esta circunstancia me preocupó aún más, porque el carácter público que tomaba la reunión era demasiado para mí e, instintivamente, yo me echaba atrás. F. Hutchinson, se-

gún recuerdo, también habría preferido continuar en su casa, en privado. En síntesis, creo no haberme unido a ellos durante dos o tres domingos y no estoy seguro de que él lo haya hecho, pero los demás estuvieron todos allí desde el principio: J. Parnell, W. Stokes, E. Cronin y algunas hermanas; poco tiempo después se les añadieron algunas personas más.

En el transcurso del verano de 1831¹⁾ se preparó el viaje misionero a Bagdad. A. Groves había ido ya hacía unos meses y E. Cronin, su hermana, como también J. Parnell y uno o dos más estaban deseosos de reunirse con él. Nos dejaron en septiembre, haciéndose a la vela rumbo a Francia y proponiéndose llegar a Bagdad a través del desierto de Siria. J. Hamilton, a quien algunos conocíamos desde hacía dos o tres años, era también de la partida. Como muchos otros, él estaba disconforme con el orden de cosas existente en las Iglesias y tenía un mismo pensamiento con todos nosotros. Había abandonado toda ocupación para unirse a la misión en Oriente y me agrada pensar que él también era una prueba de que el Espíritu de Dios soplabla en esos momentos, como lo he dicho, de una manera independiente en muchos lugares.

Ellos partieron y nosotros continuamos en nuestro local de Aungier Street. Eran pobres recursos los nuestros, mi querido James, y en uno o dos casos tuvimos defecciones solemnes y terribles. No había más que poca energía espiritual y un muy pobre tesoro para un templo viviente. Pero, por la misericordia y los cuidados del Señor, estábamos muy unidos, progresando, así lo creo, en el conocimiento de su pensamiento.

El orden que había sido instituido para el culto en Fitzwilliam Square desapareció progresivamente. En efecto, al principio la enseñanza y la exhortación eran consideradas como servicios accesibles a cada uno, mientras que la responsabilidad de la oración se

1) 1830, según el diario de Groves, y según F.N. Newman, *Phases of faith* (N. del E.).

hallaba limitada a dos o tres considerados como ancianos. Pero todo esto cedió gradualmente; pronto comprendimos que entre nosotros no debía haber cargo de anciano establecido ni oficialmente reconocido y todos los servicios tuvieron un carácter libre, ya que la presencia de Dios por el Espíritu fue más sencillamente creída y aprovechada.

En el curso del año 1834 muchas personas fueron agregadas a nuestra reunión, y estando J.N. Darby en Dublín ese mismo año, se le planteó la disyuntiva de venir a Aungier Street para ayudarnos según la gracia que Dios le diera, o de ir a predicar al asilo de Leeson Street en respuesta a una invitación que se le había formulado; pero ya estaba separado de la Iglesia de Inglaterra. Ese mismo año y el siguiente visitó muchos lugares, entre otros Oxford, Plymouth, Cork y Limerick, predicando, doquier podía, la verdad que Dios le había comunicado por su Palabra; y mis recuerdos me permiten afirmar que halló, en todos esos lugares, nuevas pruebas del independiente trabajo del Espíritu de Dios —del cual he hablado— en los corazones y las conciencias de los santos. En Limerick y en Cork, donde predicó ocasionalmente en los púlpitos de la Iglesia establecida, encontró también cristianos en casas particulares, y su ministerio fue grandemente bendecido. Muchas almas fueron esclarecidas y reconfortadas de manera completamente nueva, y en cuanto a un orden de cosas al cual ellas habían sido extrañas hasta ese momento. Invitado a ir desde Wexford a Plymouth, hizo la misma experiencia, de modo que en esas ciudades, distante una de la otra, a las cuales nunca antes les había ocurrido que sintieran una influencia común, la misma gracia de Dios fue magnificada; y se constituyeron en estos distintos lugares, entre los creyentes desalentados que buscaban socorro, pequeños grupos, felices, que tenían un buen comienzo.

Hacia la misma época empezaron, en casa de lady Powerscourt, reuniones sobre temas proféticos. Esta señora había seguido la misma orientación que la de todos nosotros. Invitó a algunos de

nosotros y también a hermanos de Inglaterra. Estos encuentros fueron para mí un gran socorro. En ese tiempo encontré por primera vez a G. Wigram, a Percy Hall y también a otros. Estas reuniones eran verdaderamente preciosas para el alma, y, noche tras noche, yo volvía a mi cuarto en Powerscourt House con el profundo sentimiento de mi poco desarrollo en Cristo en comparación con toda la gracia y toda la consagración que había podido comprobar a mi alrededor durante el día.

Así transcurrieron esos días, mi querido James, y en Aungier Street proseguíamos nuestro camino; muchos hermanos y hermanas eran recibidos entre nosotros, de los cuales algunos todavía hoy forman parte de todos los que amamos y estimamos aquí en Brunswick Street.

De vez en cuando recibíamos noticias de la misión que había partido para Bagdad; otras veces teníamos la visita de hermanos de Cork, de Limerick y de otras localidades en las que la misma influencia había sido sentida en esa época. Quisiera, sin embargo, mencionar especialmente al querido y venerado J. Mahon como otra prueba de la independiente acción del Espíritu de Dios de la cual ya he hablado. Recuerdo que en 1828 E. Cronin le hizo una visita en Ennis; y cuando volvió a Dublín, me habló de Mahon, y tengo razón para creer que aun antes de que la Mesa del Señor fuera dispuesta en la casa de F. Hutchinson, el partimiento del pan había sido realizado en algún lugar en la ciudad de Ennis, por medio de un miembro de la familia de J. Mahon, si no por él mismo. Esto se realizó absolutamente sin ninguna relación con la obra que había tenido lugar entre nosotros y sucedió lo mismo en Inglaterra, de lo cual puedo proporcionarle la prueba. Al haber tenido yo ocasión de visitar el Somerset en 1831 - 1832, me hallaba en la casa de sir E. Denny, quien me pidió que le diera una idea acerca de los principios de los «hermanos». Estábamos sentados junto al hogar, hallándose presente la hija de un eclesiástico. Mientras yo exponía nuestras opiniones, ella me dijo que eran las suyas desde hacía un

año y que no estaba enterada de que alguien más las tuviera fuera de ella. Por otra parte, hallándome en X poco después, un querido hermano, que ahora está con el Señor, me dijo que él, su mujer y su suegra se reunían según la sencilla manera de los «hermanos», aun antes de haber oído hablar de ellos. Ese hermano, como así también la dama mencionada en casa de sir E. Denny, estuvieron en plena comunión con nosotros tan pronto como la ocasión se les presentó; y ella lo está hasta hoy en el condado de Down.

Me agrada recordar estas circunstancias porque ellas confirman que la mano del Señor actuaba de una manera independiente, con el fin de suscitar otro testimonio en medio de sus santos. Estoy persuadido de tener allí una prueba importante de esta independiente energía del Espíritu Santo.

Mencionaré todavía un ejemplo entre otros más próximos a mi casa: el querido Groves volvió a Irlanda después de una ausencia de dos o tres años, y recuerdo bien que él nos informó de un movimiento muy notable en el sur de la India, el cual denotaba un espíritu completamente en armonía con el que nos había conducido a nuestra posición en Inglaterra e Irlanda.

Año tras año, los hermanos ingleses visitaban a Irlanda; no sólo a Dublín, sino también a otras localidades del país. Entre ellos se hallaba J. Harris, anteriormente clérigo cerca de Plymouth. G. Wigram permaneció mucho tiempo en Cork, mientras J. N. Darby viajaba continuamente de un país a otro, estando a veces con nosotros en Dublín, pero más generalmente en Plymouth o en Cork. Al multiplicarse las reuniones en Inglaterra, éstas terminaron por ser conocidas con el nombre de «hermanos de Plymouth» (Plymouth Brethren), mientras que en Irlanda se nos llamó «Darbyistas».

Yo no sé si debo proseguir mi relato, querido James, ya que usted desea, sobre todo, conocer los principios del movimiento. Por otra parte, no puedo dudar de que un nuevo designio de Dios y una nueva acción del Espíritu Santo se hayan manifestado en el llama-

miento de los «hermanos», aunque en el curso del período cristiano se hayan producido, en diferentes épocas, movimientos que, con caracteres variados, hayan tenido un espíritu análogo. El cristianismo implica casi una cosa semejante, hasta la hace necesaria, porque no es un sistema de ordenanzas ligado a la tierra o a carne y sangre, como lo estaba Israel en el antiguo orden de cosas. El llamamiento de la Iglesia la coloca aparte del mundo para servir en la luz y el poder del Espíritu Santo y para mantener, en una gracia espiritual viva, un testimonio acerca de un Jesús rechazado por el mundo y glorificado en el cielo. Todo en nosotros y a nuestro alrededor es contrario a ello. Semejante llamamiento no puede ser sostenido, semejante dispensación no puede ser mantenida sino por la gracia del Espíritu que obre sin intermediarios en vasos elegidos, llenándolos con la verdad recibida en su frescor y comprendida con inteligencia. Ningún servicio preparado de antemano, ninguna serie de ordenanzas carnales puede, en manera alguna, responder a este objetivo; ningún ministerio transmisible o susceptible de interrupción puede, de ninguna manera, hacer frente a esos deberes ni cumplirlos, ya que ninguna autoridad le es reconocida.

Existe siempre en el hombre la tendencia a conformarse a la naturaleza pervertida y a las circunstancias de este mundo, tanto que, para mantener una cosa espiritual y viva, tal como lo es la Iglesia, el medio natural, el medio necesario —puesta aparte la soberanía de Dios— es un nuevo despliegue de luz y de potencia para revivificarla en repetidas ocasiones; por eso puede haber todavía un testimonio del poder de Dios y prosiguen los caminos y los servicios de una “casa viva” para que el pabulo no se apague. Cada uno de semejantes despertares puede tener un carácter particular; no obstante, al participar de un mismo Espíritu, todos juntos dan testimonio de que se trata de la obra del mismo Espíritu Santo.

Siempre se reconoció que la Reforma estuvo caracterizada por un claro y ferviente testimonio de la justificación por la fe. La verdad misma era necesaria entonces para liberar almas que habían

sido mantenidas en cautiverio durante largo tiempo. Otros despertares tuvieron igualmente su propio carácter; y, así hayan sido registrados por la historia o no, la fe los ha reconocido y las almas de los elegidos fueron edificadas y hechas capaces de agradecer a Dios. No dudo de que la obra de Dios realizada por los «hermanos» y con ellos, haya tenido su objetivo particular. Éste es, indiscutiblemente, la separación entre la Iglesia y el mundo, un claro testimonio dado a su llamamiento celestial y a su dignidad particular, como también la afirmación de la preciosa verdad de que nada tiene más valor que la casa de Dios, aunque se halle en ruinas; eso es lo que ha sido reconocido y comprobado como lo que responde al sentido mismo de la economía cristiana. Por otra parte, los hermanos han contribuido a poner de relieve la verdad de la segunda venida del Señor y su reinado milenar, vuelta así a la luz. Lo hicieron con la inteligencia de las verdades celestiales vinculadas con este gran misterio, en conformidad con su posición separada y celestial. Porque se puede notar perfectamente que ciertas verdades proféticas se hallan en contradicción con todo sistema religioso vinculado con el mundo.

Querido James, hice lo que usted me pidió, de una manera muy sencilla y tal como ello se presentó a mi mente. No quiero hablar de lo que siguió a este llamamiento de los hermanos; sería doloroso y sin utilidad. El actual estado de declinación, en el cual nos hallamos, es suficiente para recordarnos las muchas causas secretas de humillación que cada uno de nosotros conoce bien. Pero, “cuando Él da tranquilidad, ¿quién turbará?” ¡Ojalá podamos hacer esa feliz experiencia de una manera más abundante y profunda!¹⁾

J.G.B.

1) Carta escrita a James Mc Allister, de fecha desconocida. Probablemente date de poco después de 1860.

(Continuará)

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 170)

(Capítulo 4)

**“Fuente de huertos,
Pozo de aguas vivas,
Que corren del Líbano.” (v. 15)**

Hemos notado ya algunos puntos de contacto entre el Cantar de los cantares y el evangelio según Juan, el discípulo del amor. Ahora bien; nos hallamos aquí en la misma esfera del eterno amor divino, invariable, cuya fuente está en Dios mismo. Él es amor. En el evangelio según Juan nos hallamos en el país de las fuentes de agua de vida: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva...; el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:10-14). Aquellos que han bebido de las aguas de vida, no tienen sed jamás, y de sus corazones, llenos de gracia, surge una vida divina y eterna que remonta hasta su misma fuente. Pero en el huerto del Amado hallamos también un pozo cuyas aguas provienen de lugares elevados (el monte Líbano), cuya misión es traer al mundo una rica bendición. Es lo que nos revela el mismo evangelio de Juan: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:37-39). Aquellos que han bebido de estas aguas no sólo hacen

subir ante Dios un tributo de alabanza, mas rinden también un testimonio ante el mundo por medio del poder del Espíritu Santo.

**“Levántate, Aquilón, y ven, Austro;
Soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas.” (v. 16)**

Los árboles de incienso están en todo su esplendor, pero, he aquí el viento del norte, el viento de la adversidad, viene a soplar en el huerto y expande a lo lejos el olor de su incienso aromático. Es el buen olor de Cristo para Dios que se derrama por doquier en el mundo y viene a ser un olor de vida para aquellos que son para vida (2.^a Corintios 2:16). Tenemos un hermoso ejemplo en la persecución que tuvo lugar después de la muerte del diácono Esteban. Aquellos que habían sido dispersados por la tribulación iban por todas partes anunciando el Evangelio, y gran número de personas creyó y se convirtió al Señor (Hechos 11:19 y 24). En el huerto no sopla solamente el viento del norte, a veces áspero con sus lluvias (Proverbios 25:23, versión J.N.D.); el del sur, el cual, si bien a menudo trae la sequía (Job 37:17), también viene a calentar los corazones, y entonces el perfume sube ante Dios y se extiende a lo lejos. Los frutos maduran y todo en el huerto abunda.

**“Venga mi amado a su huerto,
Y coma de su dulce fruta.” (v. 16)**

El deseo de los suyos es que el Señor venga en medio de ellos para saciarse de los frutos que su gracia ha producido en sus corazones. En su Asamblea, Él, el postrer Adán, halla frutos más excelentes que todo lo que el primer hombre podía recoger en Edén. Allí todo es de Él y todo es para Él. Pero ¿en qué medida respondemos a sus expectativas? ¿En qué medida, feliz en medio de los suyos, puede cosechar el fruto de sus sufrimientos y gozar de su labor? Nosotros, verdaderamente ¿qué hacemos para Él?

Capítulo 5

**“Yo vine a mi huerto, oh hermana mía, novia mía;
He recogido mi mirra y mis aromas;
He comido mi panal con mi miel,
Mi vino con mi leche he bebido.” (v. 1, JND)**

El Amado, llamado por los suyos a descender a este huerto, como lo hemos visto en el último versículo del capítulo 4, no puede dejar de responder a tal invitación. Su corazón lo impulsa a ir allí, y aquellos que están reunidos lo atraen, por ser los objetos de su más tierno amor. ¿Estamos compenetrados del pensamiento de que existe aquí abajo un lugar donde el Amado, nuestro Señor, halla sus delicias; un lugar donde Él se encuentra como en su casa en medio de un mundo que lo rechazó? Él es el centro bendito alrededor del cual todo converge en este recinto sagrado, separado de todo lo que es de este mundo mediante el cerco con el cual Él mismo lo rodeó. Allí todo es de Él y para Él; es su paraíso.

Viene, pues, a su huerto, el lugar en el cual se disfruta de los dulces vínculos de la familia de Dios: “Hermana mía”, expresión que evoca el apelativo de “hermanos” en el Nuevo Testamento. La “novia mía” es aquella que espera el día en que será manifestada en la gloria como Esposa de Cristo. Él recoge los productos preciosos de este huerto que es el objeto de toda su solicitud. En primer lugar halla en él mirra, es decir, a los suyos que sufren por su ausencia y que están afligidos durante todo el tiempo en que Él es rechazado. Llevan el vituperio que trae su nombre; son menospreciados, perseguidos, aborrecidos, encarcelados y hasta sufren la muerte a causa del testimonio que dan de su Señor. Se han mostrado dignos de su amor, incluso a través de los más grandes sufrimientos. Éstos son los frutos preciosos para el Señor.

En su huerto, el Amado recoge también sus plantas aromáticas. Aquellos que le aman manifiestan en este mundo las glorias de su

persona. El vino del gozo abunda allí, al igual que lo más dulce que hay como alimento —la miel— y la leche, el alimento de los corderitos de su rebaño. Para Él es un festín de amor. Hemos de recordar que en la Asamblea debemos encontrarnos ante todo para el Señor. Si nos reunimos así no perderemos nada, sino todo lo contrario, porque Él mismo invita a los suyos a celebrar allí un festín:

“Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados.” (v. 1)

El Señor brinda a los suyos que se reúnen alrededor de Él un alimento abundante y un gozo sin mezcla como prelude de los goces del cielo. En comunión con el Padre, hallan sus delicias en el Hijo por el poder y bajo la guía del Espíritu Santo. Aquí parece estar introducida otra clase de personas: los **“amigos”**, distintos de la Esposa y convidados a las bodas del Cordero. Aparecen en la escena relatada en el capítulo 19 del Apocalipsis: **“Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”**. Los convidados son los amigos del Esposo, tal como Juan el Bautista lo expresa: **“El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así, pues, este mi gozo está cumplido”** (Juan 3:29). Si estos convidados son bienaventurados, ¡cuán grande será la dicha del Esposo y la Esposa!

“Yo dormía, pero mi corazón velaba” (v. 2)

Con este versículo entramos en una nueva escena, muy diferente de aquella que acaba de ocuparnos. Tenemos aquí, por así decirlo, la nota más baja de todo el Cantar. Al comienzo del capítulo 3 encontramos a la amada perezosamente echada sobre su cama, perdida toda comunión, todo gozo y aun todo discernimiento. Aquí está en una condición todavía peor, pues está durmiendo. No oyó

las advertencias de la Sabiduría divina, la que tan a menudo pone en guardia al creyente respecto de la pereza: **“Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?”** (Proverbios 6:9-11). Como el descuido es más grande que aquel mencionado en el capítulo 3, sus consecuencias son también más desastrosas. Cuando se ha caído en un error cualquiera, si no se ha juzgado el mal hasta su raíz, Dios permitirá que se vuelva a caer en él tarde o temprano. Puede haber una restauración parcial, pero no será duradera, y nuevos errores se manifestarán. Es lo que tuvo lugar aquí. Un gran amor hacia el Señor no preserva de caídas. Pedro, pese al amor que le llevó hasta el patio del sumo sacerdote, negó allí a su Señor.

**“Es la voz de mi amado que llama:
ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía”
(v. 2)**

El Amado no puede abandonar a aquella a la que ama en un estado que la prive de disfrutar de su amor. En la epístola a los Efesios hallamos estas palabras extraídas del profeta Isaías: **“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”** (Efesios 5:14; Isaías 60:1). El Antiguo y el Nuevo Testamento recuerdan, el uno y el otro, la misma verdad a los santos de las dos dispensaciones. En todos los tiempos, las mismas tendencias se repiten y las mismas exhortaciones se hacen oír. Aquí, el Amado golpea a la puerta, llama a esa pobre esposa dormida. Ella era muy culpable, pero Él no le dirige ningún reproche. Muy al contrario, emplea las palabras más adecuadas para conmover su corazón. Él nos ve según toda la excelencia de la posición en la cual estamos en virtud de su obra hecha en el Calvario. Mediante una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre a los que son santificados. Ellos son hijos de Dios; son su familia, como lo sugiere esta tierna expresión: **“Hermana mía”**. Aquellos a quienes Dios ha adoptado, lo están por la eternidad. Nuestra relación como hijos de

Dios jamás puede ser rota. La comunión con Él puede serlo fácilmente, pero la relación es eterna. Un hijo desobediente es tan hijo y heredero como el más sumiso a su padre. El uno goza de su relación, el otro no; éste es infeliz y deshonor el nombre de su Padre.

¡“Amiga mía”!... Los suyos son el objeto de un amor fuerte como la muerte. Jesús mismo lo asegura: “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). “En todo tiempo ama el amigo” (Proverbios 17:17); “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14). Aquí nuestra amistad con Él depende de nuestra obediencia. “Os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:15). Su amistad depende de la revelación que nos dio de parte de su Padre.

¡“Paloma mía”!... El Esposo, pese a la posición equívoca de su amada, la considera como una extranjera aquí abajo. Ella no la experimenta en absoluto, ya que duerme como las diez vírgenes de la parábola de Mateo 25. Sin embargo, Él la considera como extranjera y, por lo tanto, ella sigue no siendo del mundo, así como tampoco lo ha sido su Señor. Por tal razón Él viene a despertarla. ¡“Perfecta mía”!... A Sus ojos, ella está revestida de la perfección misma en que la colocó Su gracia en virtud del amor manifestado a su favor en la cruz. En el rebelde pueblo de Israel, que murmuraba en el desierto, Jehová no veía iniquidad ni injusticia alguna, porque había sido colocado bajo la aspersion de la sangre del cordero.

A pesar de su sueño, la amada oyó su voz. En el fondo del corazón de cualquier rescatado se halla el amor divino derramado por el Espíritu Santo que le ha sido dado. El corazón oye el llamamiento y contesta. La voz del Amado es una voz muy conocida, y no puede dejar indiferente a todo aquel que probó su amor.

(Continuará)

CARTA DE J.N.D.

A la señorita M.B.

27 de octubre de 1860

Le propongo que lea con mucha atención lo que se nos dice en Colosenses 2:10-11: “Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha de mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo”. Luego considere las consecuencias prácticas que derivan de tales versículos, consecuencias que se nos describen en el versículo 20 del mismo capítulo y el versículo 1 del capítulo 3 —los versículos 1 a 17 del capítulo 3 constituyen la continuación de aquél—, donde creo que verá el cuadro más completo que nos provee la Palabra, acerca de la vida cristiana, desde la mortificación del pecado hasta sus principios más elevados y sus rasgos más benditos. Pero estas exhortaciones están fundadas en la posición que ha sido **hecha** para el creyente, lo cual se describe en el versículo 10 del capítulo 2; y el hecho de tomar conciencia de esta posición por la fe es lo que da la fuerza para aprovechar las exhortaciones. Las experiencias que preceden sirven para enseñarnos la lección —tan difícil de aprender— de que estamos privados **de toda fuerza**. Cristo murió por los impíos; y cuando se es liberado el combate continúa, pero en la libertad divina de una nueva naturaleza que tiene su lugar ante Dios, en virtud de la obra de Cristo. Busque a Cristo, sólo a Cristo. Ocúpese de la belleza y de la perfección de su persona y sus caminos. Busque en las epístolas la instrucción que necesita su conciencia, y en los evangelios el alimento para su corazón. Si usted se encuentra aún en medio de las luchas que sostiene un alma no liberada, hallará alivio en los Salmos; pero es necesario no detenerse allí.

(M. E. 1893)

CARTA DE H.R. a M.G.

2 de septiembre de 1925

Querido hermano:

Yo ya había recibido de diversos lugares algunas noticias acerca de su salud y tenía la esperanza de que usted hubiera exagerado un poco sobre la gravedad de su estado. Su carta me hizo pensar que fui yo el que quizá exageré en el sentido contrario. Sea como sea, estamos viviendo un tiempo en que un gran número de hermanos que trabajan en la obra del Señor atraviesan pruebas similares, ya sea por sufrimientos o por estar puestos de lado para considerar su actividad con el Señor. La última vez que personalmente experimenté seriamente algo similar, me sirvió para preguntarme y saber qué era lo que había en mi actividad que no tuviese ninguna mezcla del yo y que fuese enteramente para el Señor. Después de un largo y serio examen, hallé la respuesta: ¡Eres un **siervo inútil**! Es necesario haber pasado por este ejercicio para saber cuán humillante es este término.

Querido hermano, estoy orando al Señor para que lo bendiga, que restaure su salud, que lo guarde para su obra, que lo restaure y lo aliente. Hágame saber pronto noticias tuyas.

Salude muy afectuosamente de mi parte a la señora G. Estaré obligado a pasar aquí el mes de septiembre, a menos que el Señor decida otra cosa.

Con mucho afecto en Él.

H.R..

(M. E. 1965)

ÍNDICE

Año 2000

Agua del arroyo (El)	28
Afinamiento (El)	15
Cantar de los Cantares (Meditación sobre el)	30, 37, 90, 131, 165, 207
Carta de H.R. a M.G.	214
Cartas de J.N.D.	27, 88, 213
Cristo en el trono de Dios	109
Divinidad, humanidad	42
El tiempo del Despertar	17
—Extensión del movimiento (continuación)	
-En la Suiza francesa	17
En Francia	20
Suiza alemana	24
Alemania	24
Holanda y Bélgica	25
La obra en Italia	25
En España	62
En Oriente	62
En América	64
—Los fundamentos sometidos a discusión	67
Bethesda	69
—A través de los “tiempos peligrosos”	94
<i>Algunos aspectos de la cristiandad desde el Despertar hasta el primer tercio del siglo XX</i>	98
—La Iglesia romana	99
Pérdida de su autoridad temporal	99
Afianzamiento de su poder espiritual	101
Ganancia de adeptos	102
—Protestantismo y ritualismo	104
—El modernismo	135
—Las sectas	139
—Algunos rayos de luz	141
—Las misiones	141
—En Rusia	142
—Despertares	170
—La Misión al Interior de la China	174
—El Ejército de Salvación	175

—Obras diversas	176
—Conclusión	179
—Algunos documentos relacionados con los principios de los «hermanos»	196
Una carta de J.G. Bellett sobre el comienzo de la historia de los hermanos	196
Esperando	1
Esposa del Cordero (La)	127
Fragmento	164
Fragmento de carta	36
“Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria”	81
Humanidad de Cristo en la gloria (La)	87
Libaciones (Las)	145
“Las libaciones” (Apéndice del artículo)	154
Pensamientos	72, 108, 180, 186
¿Por qué el Señor escogió a Judas?	125
Primer lugar (El)	187
Sobre la fortaleza afirmaré el pie (Habacuc 2:1)	7
Sufrimientos de Cristo (Acerca de los)	46
Sufrimientos del alma del Salvador (Los)	58
Sufrimientos del Señor Jesús (Los)	52, 73, 115, 156,
Últimos pasos	181
	5

*En Cristo bendecidos te loamos ¡oh Dios!,
y alegres elevamos nuestra ferviente voz.
En lo que ha consumado podemos descansar,
y hallamos dulce agrado en su loor cantar.*

*¡Oh Padre, qué belleza en tu Hijo se ve!
belleza distinguida ahora por la fe,
belleza que delante tus ojos siempre está,
belleza que incesante placer a Ti te da.*

*En Él también contemplas a Aquel que vino aquí,
y por su acerba muerte honró tu trono allí;
y con su propia sangre cumplió la expiación,
que acrecentó tu gloria con nuestra salvación.*

*¡Loor a tu grandeza y gloria por tu amor!
Gloria admirable, inmensa, de nuestro Redentor;
los siglos infinitos siempre repetirán
la historia de tu gracia y honores te darán.*

*En todo tiempo alabaré el Nombre de Jesús,
las glorias de mi Redentor, los triunfos de su cruz.*

*Mi espíritu se alegra en Él, mi Dios y Salvador,
el Señalado entre diez mil, el Cristo del Señor.*

*Pontífice, Profeta y Rey, Pastor y Amigo fiel,
cimiento estable de mi fe ¡mi todo yo hallo en Él!*

*Escondedero del turbión y sombra del calor;
habiendo padecido Él, ¡es mi consolador!*

*Es luz y guía, escudo y sol, que gracia y gloria da;
tal es mi amado y a éste yo ¡he de ensalzar y amar!*